

Notas de arte

LAS ARTES PLÁSTICAS EN GRAN CANARIA EN EL AÑO 1950

Si hubiéramos de fijar en una nota plenamente significativa las características del año artístico en Gran Canaria, tendríamos que prestar especial atención a las actividades de un grupo juvenil: el Grupo «Lais» de arte contemporáneo. Después de un largo período de aparente atonía muscular, el arte pictórico canario inicia un atrevido desperezo y se pone a vibrar a tono de las corrientes espirituales del mundo exterior. La falta de contacto con estas corrientes ha determinado que la curva de nuestras creaciones plásticas se mantuviera peligrosamente cenida a unos modos y formas de arte sin auténtica capacidad de vuelo. Es muy difícil sacudir de la conciencia, como decía Ortega, el polvo de las ideas viejas. Un arte que no se renueva, que no se nutra de sabias revigorizadoras, está siempre en riesgo de vulgaridad, o, lo que es peor, de fácil habitualidad. Nuestros artistas, entre los que hay algunos soberbiamente dotados, empezaban a devorar sus propios sueños, poniendo en trance de esterilidad la misma materia de donde extraían los motivos de su inspiración. Un realismo casero, sin más ambición que ser fiel a las apariencias externas de las cosas, y un trivial quehacer que más semejava artesanía que arte, venían limitando la visión y la obra de nuestros artistas. Es verdad que de vez en cuando surgía la excepción gloriosa: tal cual viejo maestro, sin apartarse esencialmente de las normas vocativas de su estilo, simplificaba su color, rejuvenecía su composición y daba aire nuevo a formas que parecían condenadas a repetirse en ecos apagados. Pero, salvo esos pocos casos de verdadera personalidad artística, en que la fuerza del estilo y su belleza indiscutible confieren valor y permanencia a una obra, pocos ejemplos de salvadora rebeldía nos han ofrecido los frutos del arte local.

Por fortuna para nuestra vida espiritual, las Islas han sido siempre magnífico tornavoz de las ondas externas. En cuanto el mundo artístico europeo recobró su normalidad, no por conturbada menos creadora, arribaron a nuestras playas los ecos de su despertar. Las artes plásticas de nuestros días han puesto su objetivo esencial en

conferir acento lírico a las cosas. El pintor reivindica para su expresión propia los mismos medios que siempre usó con plena libertad la poesía. La metáfora plástica es hoy el instrumento que utiliza este artista para transmitirnos su mensaje, en el que el mundo exterior, borrados los secos perfiles de su dintorno, se nos aparece en visión nueva, proyectado líricamente hacia zonas donde las cosas surgen, más que en esquema significativo, en evocación espectral. Las artes plásticas de nuestros días vienen recorriendo un camino de creciente lirismo. En el arte abstracto se sugieren ya los puros procedimientos elementales de la música. La línea canta, modula, se eleva y se hunde, se concentra y se expande como una melodía musical. El color armoniza, envuelve, presta firmeza y aliento a la melodía lineal. Jamás una empresa humana de índole artística se había propuesto a sí misma tan alta finalidad. Logre o no su objetivo esencial, cuaje o no en formas definitivas, en mensajes permanentes este arriscado empeño del arte joven, nadie podrá regatear jamás su heroico esfuerzo, la calidad humana de su lucha. El artista, generosamente desposeído de afanes materiales, con abnegada renuncia al fácil halago de la representación visual, intenta nada menos que hacer de la línea y del color entidades plásticas de vida sustantiva, dotando a cada fragmento, como ha definido Picasso, de una existencia independiente, sin acentos externos, sin más ecos que los que puedan repercutir en el hondo cuenco de su propia intimidad.

Dos exposiciones ha celebrado en 1950 el grupo de artistas jóvenes a que nos referimos. La primera tuvo por marco el entonado salón de El Museo Canario, que abrió con ellas sus certámenes del año. Alberto Manrique, Juan Ismael, Manolo Millares y Rafael Monzón fueron los expositores de esta inaugural salida. Alberto Manrique, uno de los más jóvenes, presentó óleos y acuarelas. Hay en el arte de este pintor un sentimiento entrañado de angustia humana, un radical dramatismo que le lleva a expresar los jugos más amargos, más dolorosamente contorsionados del mundo que sublima su fuerte imaginación creadora. Juan Ismael teje con urdimbre de sueños, en trama de vigorosa coloración, unos fragmentos pictóricos en que los símbolos adquieren esa envoltura descarnada que lucen las imágenes oníricas. Es el suyo un orbe poético, deshumanizado, en que toda la materia vibra en igual tono, en que la piedra, el vegetal y la carne ostentan la misma categoría plástica, como vistos por los ojos de un dios para quien todo lo creado se originara en una única fuente. Manolo Millares presta a su obra un sentido que pudiéramos llamar social, porque en ella la masa se hace personaje, estilizada, quebrada en barroca caligrafía, rota en polifónico canto, pero unida sin embargo por el oculto nexo de una firme intención plástica. Rafael Monzón, que es un excelente dibu-

jante, remonta su vuelo a más enrarecidas cimas. Aquí la forma se despeja de externa estructura, el esqueleto formal parece fundirse en sólidos goterones al calor de un lirismo cromático que todo lo ve en función de puro color. Sus gouaches toman por punto de partida, en mágico salto de trampolín, las extrañas formas de la lava flúida, de la roca milenaria y desnuda que es el sustrato estructural de nuestro paisaje. *Lírica de los volcanes* tituló sus mejores dibujos. Son, en efecto, estas formas inconcretas como la plasmación en términos de belleza de esos arabescos sorprendentes que nuestra mirada descubre en tantos rincones de la isla desgarrados por la herida abierta de un volcán.

Este ardido plantel juvenil volvió a exponer a fines del año en los flamantes salones del Club Universitario. Se unió a ellos en esta ocasión Santiago Santana, pintor de grandes facultades, profesor de la Escuela de Luján Pérez, donde él mismo se ha formado. Santiago es un colorista de primera fuerza. Por ello la calidez de su paleta confiere un ritmo de pura armonía cromática a todo lo que pinta.

En el mismo Club Universitario un veterano pintor, situado en los antípodas de este arte joven, Tomás Gómez Bosch, celebró la mejor y más completa exposición que haya reunido en Canarias. Tomás Gómez es un artista de acendrada honradez técnica. Cultiva la pintura con absoluta dedicación y con un entusiasmo que no registra ni el más leve desfallecimiento. Pinta retratos en que acusa siempre gran fidelidad fisionómica; pero es en los bodegones y en los paisajes de la isla, que ha pintado con morosa delectación de enamorado, donde halla plena fruición su paleta jugosa.

Por los salones de El Museo Canario pasó también, en su segunda exposición en esta isla, un pintor gallego, Carmelo F. González, en cuyo estilo, de limpio corte, transparecen las virtudes líricas de su raza, ensonadora, apacible y equilibrada. Y al mes siguiente José Julio, pintor tinerfeño, llevó a las solemnes paredes del mismo salón la inquietud y la algarabía de su pintura abstracta. Estamos ya aquí en pleno reino del azar cromático, donde los colores se ponen a cantar por sí solos, encuadrados en el rigor geométrico de una arquitectura que sirve como pautado pentagrama a sus melodías.

Es digna de ser registrada y comentada, aunque sólo nos toque un poco marginalmente, la magnífica Exposición retrospectiva que se celebró en El Museo Canario, integrada entre los actos conmemorativos de la conquista de la isla. Las artes plásticas estaban representadas por algunos dibujos y unas maquetas arquitectónicas, pues predominaban las fotografías ilustradoras de rincones típicos y añosos de la ciudad, sus iglesias, sus blasones y sus castillos. El conjunto resultó realmente soberbio. Se logró corporizar en una serie de acertadas imágenes la historia externa de la ciudad. Pocas

veces se conjuga en una exposición de esta índole tal suma de elementos valiosos y concordantes. Recorrer sus distintas instalaciones nos permitía captar ese espectro inaprehensible y fugitivo que es el espíritu secular de una ciudad. Al catálogo de la exposición puso prólogo Simón Benítez Padilla, y su glosa quedará como perfecta muestra de síntesis histórica, veteada de un humor que en vano trata de velar la entrañada ternura que por su tierra siente este canario ejemplar.

Otra exposición que con finalidad ajena a las artes plásticas resultó realmente antológica fué la del Mar, organizada por el Club Náutico de Gran Canaria. Instalada con extraordinario buen gusto y perfecto sentido de los valores diversos que contenía, permitió reunir, entre otras muy valiosas cosas, más de un centenar de marinas canarias. Los mejores cuadros que las costas abruptas de la isla o sus remansadas playas han inspirado a pintores isleños o foráneos se reunieron en los salones del Náutico, en conjunto jamás logrado hasta la fecha. Marinas de Eliseo Meifré, Márquez, Nicolás Massieu, Tomás Gómez, etc. etc. y unas cuantas de pintores extranjeros, ofrecieron al deleite del espectador la más variada muestra de estilo y de inspiración marinera que han visto ojos isleños.

Y no dió más de sí en esta isla este año de 1950, que no podemos en justicia calificar ni de brillante. Tuvo al menos la virtud de mostrarnos los primeros pasos de un movimiento juvenil liberador que no sabemos adónde nos conducirá, pero que, por lo pronto, ha vuelto a galvanizar unos miembros peligrosamente entumecidos.

J. RODRÍGUEZ DORESTE

LAS ARTES PLÁSTICAS EN TENERIFE EN EL AÑO 1950

Las actividades plásticas en 1950 siguen partiendo del Círculo de Bellas Artes. En las 18 exposiciones que registra el año son contados los aportes de interés. Exposiciones como la de los Acuarelistas, la de Pintores y Escultores, y aun la de Carteles, fueron pobres exponentes del trabajo artístico.

He aquí los expositores: Juan Davó, Carmelo González, Juan Toral, Bruno Brandt, Jorge Hogdson, González Suárez, Bonnin, José Bruno, Exposición Nacional de Acuarelas, Hernández Rubio (fotos), Colectiva de Pintores y Escultores, Miguel Márquez, Carla Prina, Noveles, Alberto Brito, Francisco Arteaga, Bonnin (nuevamente) y Carteles.

González Suárez y Bonnin vuelven al pugilato de siempre. El primero ciñéndose cada vez más a un realismo al que ha llegado

partiendo de una sencillez originaria en la que con los más simples elementos daba una versión de la naturaleza. González Suárez ha llegado a una tal maestría en el manejo de la aguada, que su versión es perfecta.

Bonnin, por el contrario, ha prevalecido en su fantasía colorista, decayendo en algunas obras y presentándose en otras con el poder de siempre. Sin embargo, en la última de sus exposiciones del año presentó algunas variantes que sólo sirvieron para acreditar su deseo de renovación, acusando así la frialdad que ha llegado a distinguir a este género de tan sorprendentes recursos. Unas veces la acuarela tiende a conseguir los efectos del óleo, otras simplicidades escenográficas, envolviendo su posibilidad en un equívoco. Esto acusa, entre nosotros, una falta de escuela o de grupo en que se ventilen tendencias poniendo al día sus vastas amplitudes. González Suárez, junto al pintor Mario Baudet, han hecho largo viaje a través de la Península, exponiendo últimamente sus obras en el Museo de Arte Moderno de Madrid. Señalamos la importancia de este hecho, por dos razones principales: que el naturalismo pictórico se enfrente con otras luces por cuya vía pueda enriquecer su paleta y que la pintura de las Islas se dé a conocer en el área nacional, soportando una crítica sin vinculación afectiva. Otros artistas de las Islas han acometido y acometerán en el próximo año aventura semejante: tales Bonnín, padre e hijo, y Eduardo Gregorio, Plácido Fleitas, Manolo Millares, Juan Ismael, José Julio, Felo Monzón, Gómez Bosch, etc. Hay que destacar a Plácido Fleitas, que ha sido becado por el Instituto Francés para ampliar sus estudios en París, a Josefina Maynadé, que recientemente expuso en Buenos Aires, artista no isleña, pero que trabaja su obra en las Islas, a José Julio con sus exposiciones de pintura absoluta en Cuba y Méjico, y a Juan Márquez, invitado para exponer en París en una Colectiva de arte español, junto a los nombres célebres de Mateo Hernández y Zuloaga.

Entre los artistas que destacaron su obra figura en primer lugar el escultor Miguel Márquez, formado en la Escuela Luján Pérez de Las Palmas. Como en nuestra habitual pintura, Miguel Márquez se aísla en su fondo artesano y verista sin frecuentar los campos de la creación. Posee un estilo que a primera vista pudiera ser influido por la obra de Plácido Fleitas, tendencia de la que Fleitas se separa en sus últimas obras. Esta influencia no existe. Existe, sí, una tendencia característica de escuela que ha distinguido a los artistas de Gran Canaria. Esta tendencia es de tipo racista, con un verismo que más bien se acerca a las corrientes naturalistas del arte. La obra de Miguel Márquez, casi toda en talla directa, le sitúa como el primer escultor en Tenerife. Esperamos que la sobriedad de su oficio despierte en él una voluntad artística y nos muestre en un

futuro próximo una obra, que parece prometer, en la que muestre su verdadera personalidad.

Entre los jóvenes pintores cuya obra presenta un carácter definido, de indudable personalidad, figura José Bruno, si bien esta misma *manera* hace de su obra una pintura de monótona constancia. Esta constancia expresiva se manifiesta en una paleta limitada y pobre, en el volumen y monstruosidad de los objetos y en la limitación temática.

La Exposición de Acuarelistas Nacionales no destacó ninguna obra digna de tenerse en cuenta. El envío se caracterizó por su pobreza y no constituyó lección en el género tan cultivado entre nosotros. Igualmente pobre fué la Colectiva de Pintores y Escultores, exposición en la que los artistas presentan obras de su almacén. A este respecto es de desear la continuación de las Exposiciones de la Universidad de La Laguna, con sus correspondientes distinciones, que señalaron en las Islas las mejores muestras regionales últimamente llevadas a cabo.

Un estudioso pintor, de gran vocación, llevó a cabo también su exposición el pasado año en la sala de Bellas Artes: Alberto Brito. Brito, discípulo de Vázquez Díaz, mostró el producto de su labor, más o menos dirigida e indudablemente progresiva. Si recordamos las fases iniciales de este artista, hemos de convenir en su gran progreso y en las posibilidades de su arte, que le situarán en uno de los primeros puestos de nuestra pintura. Brito marcha aún con cierta timidez en la mayor parte de la obra presentada y permanece sometido a una pintura de tipo impresionista, sin el carácter técnico de la misma. Acomete paisajes y retratos, destacándose en estos últimos y marcando entre los pintores que a esta modalidad se dedican una libertad que le enaltece y señala una necesaria aplicación que desvirtúe el mecanismo fotoidealista a que ha llegado la mayor parte de este comercio.

Desgraciadamente la exposición de los Noveles, que tantas esperanzas puede despertar en otros ambientes, se caracterizó por su carencia de valores.

La Exposición de Carteles de propaganda turística, si bien dió un par de obras apreciables, se distinguió también por la ignorancia del género. Es precisamente el cartel una de las expresiones plásticas más delimitadas, más precisas y conclusas. Existe una técnica del cartel. El cartel precisa de imaginación, de fuerza, de motivos concretos, de ataque, de finalidad objetiva. Tiene que ser captado a toda prisa, en plena marcha. Tiene que gritar frente a nuestra pasividad. Y esto es lo que se olvida con preciosismos, detalles y sutilezas.

La aportación extranjera incluyó en el año las acuarelas del pintor alemán Bruno Brandt, los óleos y gouaches de la pintora

italiana Carla Prina y los proyectos arquitectónicos del urbanista y arquitecto italiano Alberto Sartoris.

Bruno Brandt vuelve a las Islas después de una larga ausencia. Expuso últimamente sus obras en Madrid, en el Museo de Arte Moderno. Siguiendo su camino expresionista, Brandt presentó una larga muestra de cartones, diversamente tratados, con cierta anarquía y un lenguaje siempre diverso, sorprendente y de gran riqueza. Hay que espigar en tan varia obra para sacar una prueba maestra de este arte, tan veloz y ausente de sistemática. Brandt es el eterno aprendiz de pintor que a cada hora lleva a cabo un nuevo experimento, sin carácter cíclico, sino solamente como un estado transitorio de su inquieto temperamento: así, como gráficos de su naturaleza podemos considerar esta pintura para la que ha elegido el vehículo más cómodo por su rapidez: la acuarela. Creemos que Brandt no hubiera podido terminar nunca un óleo, aun tratado con el dinámico esquematismo que le representa. La obra de Brandt estableció en nuestro ambiente un pequeño choque; pero más bien fué incomprendido hasta por los llamados a comprenderlo. Una obra como la de Brandt no constituye para los avisados revolución alguna en la pintura. Más bien sus métodos expresionistas y esta intuitiva facilidad han cerrado una época de la pintura, máxime cuando Brandt, o artistas como Brandt, permanecen aún atados a la naturaleza, falsificando su comprensión.

Frente a esta pintura se presentó, primero en Tenerife y después en Gran Canaria, la obra de tipo constructivo del arquitecto Alberto Sartoris y de la pintora italiana Carla Prina, traídos a las Islas por mi iniciativa particular, dado el conocimiento que desde hacía tiempo me unió a ellos, resaltado por ser colaboradores en la fundación de la Escuela de Altamira, en Santillana del Mar, junto a la famosa cueva secular.

Carla Prina dió a conocer en Tenerife una muestra de la llamada pintura absoluta, sin referencia natural conocida, tendencia que goza del mayor predicamento en las muestras de los principales centros artísticos del mundo. Carla Prina es una artista que ha concurrido a las bienales de Venecia y ha hecho importantes exposiciones dentro del rigor de su tendencia, cultivadísima en las últimas promociones italianas y cuya fuente originaria es motivo de polémica por ser considerada por unos como de origen mediterráneo, por otros situada como una aportación oriental y también como una creación que proviene de Holanda y que influyera, a través de van Doesburg y Mondrian en la fisonomía de la arquitectura funcional, según hace constar el propio Alberto Sartoris en su obra magna *Enciclopedia de la Arquitectura Contemporánea*. Carla Prina logra en su obra una concreción de cuerpos independientes que constituyen un compacto expresivo, calculado, donde los ritmos de

color, sincopados, logran unidad de extraordinaria belleza. Sin recurrir a los relatos literarios a que había llegado la pintura finescular, esta pintura cubre nuestra apetencia emocional con valores estrictamente plásticos, sin recurrir a la perniciosa amistad de una literatura aplicada.

Junto a esta obra, Alberto Sartoris, una de las figuras más destacadas dentro de las modernas tendencias de la Arquitectura, presentó una serie de proyectos muy significativos y valiosos. Sartoris pronunció tres conferencias, en el Círculo de Bellas Artes y en el Paraninfo de la Universidad de La Laguna, sobre Arte, Arquitectura y Urbanismo, cuya traducción se recoge en un libro de próxima aparición, patrocinado por don José Curbelo Iglesias. Quiero destacar que mi papel en esta expedición se limitó a ser el de simple inductor, correspondiendo el éxito de la misma a los Ayuntamientos y Cabildos Insulares de Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas, a los Colegios de Arquitectos y Aparejadores y al coleccionista Martín Vera.

Por último es necesario destacar la exposición de fotografías hecha por el aficionado Hernández-Rubio, que reunió una colección de figuras y paisajes de gran valor artístico. Hernández-Rubio, premiado en varios concursos nacionales de fotografía, dió a conocer, expresando el procedimiento y medios técnicos de que se valió, esta serie fotográfica en la que alcanza los más perfectos enfoques y la más variada gama de matices, en la dificultad natural de diferentes luces y la complejidad que presentan los paisajes. Su labor reguladora del elemento natural, sin efectismos ostentosos y de fácil repercusión, dió origen a esta nuestra superprofesional, verdadera lección, que le acredita como artista de la fotografía.

Y así termina el año, que pudiera haber sido mejor, pero que, de todas maneras, en medio del conformismo y de la monotonía de los expositores anuales, no ha pasado en vano. De 18 exposiciones, hubiéramos deseado menos y mejores. Por otra parte, el Bolsín de la Pintura ha acusado, según los artistas, una pequeña baja; pero hay que reconocer que la venta no ha ido de acuerdo con el valor de las obras, cosa por demás normal, pues el que compra no es precisamente el coleccionista, sino el que quiere decorar su casa. Y la pintura recordatoria de un feliz hogar no quiere decir precisamente buena pintura, sino satisfacciones de un hogar feliz.

Eduardo WESTERDAILL

